

Cucarachas



Cesar Casanova Lopez

Cucarachas



César Casanova López

<http://cortados.freevar.com>

© 2014 César Casanova López



Cucarachas por César Casanova López está bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia.

Escrito en Marzo de 2014 con OpenOffice.org

We intend to investigate the development of a chemical material which causes a reversible, nontoxic aberrant mental state, the specific nature of which can be reasonably well predicted for each individual. This material could potentially aid in discrediting individuals, eliciting information, and implanting suggestions and other forms of mental control.

Richard Helms, internal CIA memo, MKULTRA

Y cuando despertó, sombras monstruosas se retorcían sobre las rocas de la guarida. Parpadeó, porque sus ojos estaban cubiertos de lágrimas viscosas, de mucosidades blanquecinas que amplificaban una luz cegadora. Deseaba huir, pero estaba muerto, paralizado, insensible. Se revolvió como una cucaracha panza arriba. Parpadeó con fuerza, pero entre golpe y golpe de luz, sólo las sombras negras danzaban siniestras en la pálida oscuridad. ¿Dónde estaba? Aguzó sus sentidos, tratando de mantener la calma. Percibió el aire húmedo, el olor a moho, a comida rancia, el sudor, el polvo. Escuchó aterrado un lejano e inquietante silbido que iba y venía, una y otra vez. Escuchó largo rato, horrorizado aún más al adivinar que se trataba de su propia respiración. Aguantó una bocanada de aire en su pecho comprimido. Y escuchó de nuevo. Quieto, muy quieto... Crepitantes murmullos dementes cuchicheaban, conspiraban y reían perversos. Cerca, muy cerca... Y el aire escapó, y quedó vacío, sin aliento. Trató de frotarse los párpados, pero una especie de muñones esponjosos acariciaron torpemente su rostro. Abrió los ojos con gran esfuerzo y observó aquellos miembros oscuros que le tocaban. ¡Joder! ¿Qué eran aquellas cosas? Y entonces recordó que no sabía quién era, o qué era. La sangre se le congeló en las venas. Intentó gritar, y cuando escuchó aquel sibilante quejido escapar de su garganta, el terror fue insoportable. Su corazón latía como si fuese de otro, sus pulmones cerrados como dos puños apenas le permitían jadear, cualquier atisbo de razón desapareció de su mente perturbada. Se estremeció, gritó, agitó sus miembros insensibles, y su cuerpo convulso giró y cayó.

El golpe contra las baldosas lo calmó en parte. Observaba el aliento condensarse sobre la fría superficie de mármol; una baba espesa escurría de su boca. Enjugó sus ojos, los limpió. Empezaba a sentir los miembros entumecidos de su cuerpo. Se frotó una mano contra la otra, y recordó lo que viera antes. Bajó la vista, y observó atónito. Chilló, chilló con un silbido punzante... ¡Porque no tenía manos, tenía patas! Dos asquerosas patas negras y peludas. Jadeó, silbó, trató de entender, chasqueó sus mandíbulas, se frotó los grandes ojos negros, y las antenas... ¡Porque tenía antenas! Dos largas antenas que mecía y limpió, y era horrible, pero le relajaba tanto...

Y cuando despertó, se hallaba perdido en la estúpida existencia del mundo; perdido como quien nace y muere una y otra vez, durante trescientos millones de años. No comprendía nada, no sabía qué era ni por qué estaba allí; solo comprendía que debía perdurar, debía sobrevivir de alguna manera. ¿Qué otra alternativa tenía? Desde luego estaba chiflado, tenía que estarlo, era evidente. Trató de calmarse, respiró pausadamente por sus espiráculos durante un minuto. Estoy ido, pensó. O quizá no, quizá era un bicho asqueroso. ¿Por qué no? A alguien le tenía que tocar. No había un antes, solo un aquí y ahora, y ahora era un puto bicho. Así cavilaba, y la cabeza le daba vueltas. Estaba a seis patas sobre el suelo frío y duro, en una habitación oscura de paredes de ladrillo visto, con un sofá viejo y un televisor parpadeando en un canal muerto. Sus antenas percibían el sudor rancio y el polvo encostrado del sofá, el terror que rezumaba de la baba espesa, las feromonas ya casi disipadas de una hembra, alimento escondido en alguna parte... Porque estaba hambriento. Sentía un horrible dolor de cabeza, como si le hubiesen clavado un agujijón venenoso en los sesos. Pero sobre todo, estaba hambriento. Zigzagueó veloz a través del cuarto, con sus seis patitas peludas y el abdomen pegado al suelo. Cruzó bajo la mesita de la tele y por detrás del sillón, se entretuvo dos segundos

olisqueando una esquina, y correteó de nuevo hasta el otro extremo del salón. Atravesó el umbral y se adentró en la total y acogedora oscuridad. Sus antenas le guiaron hasta un cubo de caucho repleto de comida. No pudo ver nada, pero escuchaba sus mandíbulas chasquear mientras engullía algo con sabor a queso podrido, que le calmó el hambre y le supo a gloria. Terminó por roer el envoltorio pringoso de una chocolatina. Si estaba chalado, se dijo, podría haber sido peor. No tenía doble personalidad, ni depresión, no escuchaba voces y, desde luego, no quería suicidarse. Quería vivir, como fuera. Solo era una fea cucaracha, a alguien le tenía que tocar... Sobreviviría, se adaptaría, sin rechistar. Solo era una crisis pasajera. Viviría, si se mantenía alerta... pero ahora estaba tan cansado... Y con el estomago lleno, se echó a dormir sobre los desperdicios.

Y cuando despertó, sombras monstruosas se retorcían sobre los ladrillos de las paredes. Parpadeó, porque sus ojos estaban cubiertos de lágrimas viscosas. Cucarachas, había cientos de cucarachas, enormes, peludas y fosforescentes, correteando como locas por todas partes. Una voz femenina y seductora le ordenaba:

– ¡Mátalas a todas! Mátalas en un santiamén con Cucakill. La fórmula patentada de Cucakill extermina al instante cualquier plaga. Usa Cucakill, y estirarán la pata...

Se restregó los párpados, hizo pelotillas con las legañas y las lanzó más allá del sofá. Miró sus manos, y eran manos. Manos humanas, finas y pálidas. Menos mal, pensó, no quería estirar la pata. Pero el dolor de cabeza era más que un sueño. Se rascó el cogote, y sintió una punzada eléctrica. Se rascó el cogote, intentando recordar la noche anterior. La juerga, la borrachera, aquel bar en las afueras, la chica bonita y sus drogas, tantas drogas. Su mano rodeando aquella cintura de avispa, lenguas jugando en sus bocas hambrientas. Un viaje en taxi, semiconsciente. El sucio apartamento, paredes de ladrillo visto, frías baldosas de mármol sintético, una cama chirriante, y el sofá. El desvencijado y polvoriento sofá donde había despertado, solo, y con un cuelgue terrible. Las ventanas estaban tapiadas con persianas de acero. Y la tele, que era la única luz, decía:

– ...los atentados de la semana pasada en Moscú, el primer ministro ruso cedió a las exigencias de la Unión, que tras largas deliberaciones, ha llegado finalmente a un acuerdo para el uso de campos de detención anti-terrorista en el territorio. Nuevo personal técnico se instruye ya en Guantánamo V para la correcta administración de los PRS, *psicofármacos de reintegración social*, en las futuras bases rusas. Las acciones de PharmaCo, que controla las patentes de PRS, han subido hoy diez puntos...

Las noticias de las tres, tardísimo. No habría podido adivinarlo en aquella oscuridad. Era hora de largarse, pensó. Se levantó del sofá con gran esfuerzo y arrastró los zapatos polvorientos hacia la puerta. Había una nota, fina letra de mujer. La miró mientras asía el pomo, sin intención alguna de leerla. Pero el pomo no giraba, habían echado la llave. Estaba atrapado en aquel apestoso apartamento. Suspiró resignado, y leyó:

“¡Buenos días, polla! Ahora te toca trabajar un poco, termina ese reportaje de una vez. Ayer no parabas de contarme lo importante que es, ¿recuerdas? He pensado que te voy a echar un cable. Hay un laptop bajo la cama y caramelos en el baño. Ponte con ello, porque no te voy a dejar salir de ahí hasta que lo termines... XXX Jewel”

Ahora recordaba... Jewel, la chica nueva de la redacción. Piernas largas y culo hermoso. Pero se equivocaba, por muchas drogas que tuviese en el baño. No podía terminar el artículo sobre Zeta, su amigo había desaparecido. Esfumado, como el polvo blanco en una de sus fiestas. Arrastró los zapatos por el suelo pegajoso mientras pensaba. Podría enviarle un mensaje, podría llamarle... claro, y también podría ponerle directamente la soga al cuello. Arrastró los zapatos hasta el dormitorio, olía a alcohol, a sudor y a lubricante. La última operación del abogado Oscar Zeta había sido demasiado, incluso para él. El brillo de la tele se colaba como gas tóxico tras la puerta entreabierta. Finalmente había conseguido meterse en un buen lio, tendría a todos los servicios de

inteligencia comiéndole el culo. Se sentó distraído sobre la cama revuelta, los muelles chirriaron. Zeta era su amigo, su Jesús particular, el que odiaba la sociedad y amaba a las personas. Cruzó las piernas y se despegó un condón usado de la suela del zapato. Un tipo único, demasiado extraño para vivir, y demasiado raro para morir. Los muelles chirriaron de nuevo cuando se tumbó; el techo estaba cubierto de chicles petrificados. Hacía ya un mes que había comenzado a escribir la biografía del Zeta. Una vida antisistema llena sangre, sudor y drogas. Solo faltaba el punto final, pero quizá debía seguir faltando, pensó. Ahora más que nunca sentía miedo supersticioso por su amigo. Pero la gente debía saber... Jewel tenía razón, era importante. Se incorporó, llevó una mano bajo la cama y palpó pelotillas de pelusa hasta encontrar una bolsa de nailon. De ella sacó un portátil bastante aceptable, lo sopesó y se lo llevó al salón. Se sentó en el sofá con la máquina sobre las rodillas y lo encendió. La tele parpadeaba inquieta, y decía:

– ... donde la Radio Télévison des Milles Collines sigue recordando el deber de todo Hutu: “¡Aplastad a las cucarachas Tutsis!”. En oriente medio, el presidente Israelí Sharon Slaughter ha repetido su promesa ante el ministro de exteriores estadounidense: "Cuando establezcamos los campos de detención anti-terrorista, todo lo que podrán hacer los árabes será corretear de un lado para otro como cucarachas drogadas dentro de un bote".

Un rugido de tripas interrumpió sus lóbregos pensamientos. Demasiada mierda, pensó, y no se refería a las drogas de la noche anterior. Bajó la vista hacia la otra pantalla. Navegó a la redacción y revisó la edición del día. El genial Marquis escribía:

el lobo grande y malo

el otro dia fui al cine y vi los tres cerditos
y fue gratificante aquella gran leccion moral
cuan cruel me dije a mi misma era aquel lobo grande y malo
cuan superior son los hombre a los lobos
el lobo se hubiera comido crudos a los cerditos
mientras que un hombre hubiese cortado delicadamente sus gargantas
y cocinado amorosamente unas salchichas y unas costillas
los habría frito y hervido sin malicia y rebosante de bondad
los habría comido en salsa y con ensalada
no es sorprendente que los animales teman al lobo y amen al hombre
porque cuando un cerdo es devorado por un lobo
percibe la locura y la maldad del mundo
pero cuando es alimento de un hombre
agradece a dios ser de utilidad a un ente superior
es lo mismo con los pobres
cuando reciben una paliza en la tierra de la libertad
y no en cualquiera de esos paises subdesarrollados
de oscura opresion ateismo y anarquia
debemos estar agradecidos de esta sociedad
en la que nuestros banqueros y empresarios son ciudadanos tan respetables
y hacen tanto por la iglesia y la caridad
y apoyan tan nobles instituciones como el BM o el FMI
para el bien de la humanidad y del comercio
pues seria horrible ser despellejados por las personas incorrectas
cada vez que me desanimo y pierdo la esperanza
imaginandome que sere tragada involuntariamente en un trozo de pastel
pienso en la sociedad moderna y tecnologica en que vivimos
llena de comodidades camaras y policia
y recupero la alegria de nuevo

pues dios esta en el lado correcto de la digestion

vuestra pequeña y moral amiga
archy la cucaracha

Y cuando terminó de leer, se dijo que aunque fuese tan solo un comediante, a Marquis un día lo irían a buscar, como a Zeta. Nos irán a buscar a todos, pensó. Esos políticos, esos empresarios, esos policías... son una panda de insectos parásitos extraterrestres sin alma ni sentimientos. Nos cazan, nos encierran y se alimentan de nuestros fluidos corporales, decía. Y se sorprendió al escuchar su propia voz, rabiosa, ronca por la juerga y el alcohol. Necesitaba saber que su amigo estaba bien, que estaba vivo y conservaba aún las uñas de los pies. Tenía que saber, terminar su artículo, publicarlo. Con algo de suerte no secuestrarían la tirada, y la sociedad entumecida por las mentiras despertaría ante la injusticia. Jewel tenía razón, mucha razón, debía contactar con Zeta. La tele decía:

– ¡Roboroach! ¡Ya a la venta por \$99.99! Es sencillo, primero compra una de nuestras cucamochilas. Después elige una cuca, córtale las antenas y clava los electrodos en los orificios resultantes. Pega la mochila a la espalda de la cybercuca con una gota de pegamento. Ahora solo necesitas descargar nuestra aplicación para iOS o Android, y ¡habrás construido tu propia Roboroach! Podrás hacerla volar, correr, ¡incluso sortear obstáculos! Pasa horas interminables con tu cybercuca, ¡nuestras baterías duran más de un mes! Es frecuente que las cucas dejen de funcionar en dos o tres días; no importa, despega la mochila e instálala en otra cuca. ¡Roboroach está basado en los diseños de la NSA! ¡Roboroach! ¡Ya a la venta por \$99.99!

Un rugido de tripas interrumpió sus lóbregos pensamientos. Demasiada mierda, pensó, y no se refería a las drogas de la noche anterior. Sentía nauseas, algo crecía en su interior, un bicho, un alien que le comía por dentro. Sintió que una bola de queso podrido bañada en ácidos gástricos le subía por la garganta. Corrió al baño con las manos en la boca, se arrodilló en las frías baldosas y vomitó. Vomitó un líquido verdoso y espeso como las tripas de un gusano. Los latidos de su corazón golpeaban como pesados martillos en su cabeza. Vomitó y vomitó hasta la extenuación. Necesitaba algo. Coca, LSD, éxtasis... Tenía un horrible dolor de cabeza, y apoyó la sien sobre el fresco retrete. Un bote oxidado de espray Cucakill se erguía amenazante ante sus ojos; sin tapa, con el pitorro encostrado en una resina blanca. No gracias, pensó, es otro tipo de veneno el que necesito. Y recordó los caramelos de Jewel. Se puso en pie a duras penas, y abrió el armarito de las medicinas. No había gran cosa, lo único que prometía era un botecillo ámbar con cápsulas blancas dentro. Sacó tres y se las llevó a la boca. Intentó tragarlas, pero tenía la boca seca. Abrió el grifo, la tubería vibró y retumbó, y un chorrillo marrón espeso y maloliente ensució aún más el roñoso lavabo. Masticó aquella sustancia harinosa mientras echaba un vistazo al bote, y tragó. Era evidente que el contenido no se correspondía con la etiqueta. Subía muy rápido. El dolor desapareció, se sentía flotar, la roña gris giraba en un torbellino de colores. Voló en el paraíso durante un periodo indeterminado de tiempo. Buena mierda, dijo, pensó o ambas cosas. Estaba tan alto que tenía miedo a caer. Tres eran suficientes, pensó, luego más. Devolvió el bote a su lugar y cerró. La puertecita tenía un espejo rajado de lado a lado. Su rostro reflejado ondeaba, líquido. Se miró fijamente a los ojos y supo que aquel tipo no era él. Porque los ojos le crecían, y eran grandes y negros. La mandíbula comenzó a estirarse, y unas fauces negras surgieron del interior de su boca. La piel se volvió negra y brillante, le salieron unos cuernos de la frente, crecían y crecían. Se palpó el rostro desfigurado, pero ya no tenía manos, tenía patas, patas negras y peludas. Otra vez... Y gritó aterrado, y sólo escuchó un quejido sibilante que resquebrajó el cristal en una nube de polvo reluciente. Sus patitas traseras desfallecieron, cayó y se coló por el desagüe. La oscuridad le devoró.

Y cuando despertó, Papa Roach tocaba Infest a todo volumen. Tirado en las frías

baldosas del baño como una toalla sucia, rumiaba en su mente aquellas crepitantes frecuencias que llegaban del salón. Zeta escuchaba esa mierda todo el tiempo. Zeta... Se levantó con dificultad, sus piernas humanas tampoco soportaban aquel colocón. Rebotó de una pared a otra, hasta el salón, y allí se dejó caer sobre el sofá. Los altavoces del portátil, tirado en el suelo, escupían aquel estrépito. Reposó su cabeza inerte sobre la felpa roñosa, los ojos entrecerrados estudiaban la pantalla volcada. Jewel, era ella. Había configurado Infest como tono de llamada WebChat. Descolgó una mano dormida del sofá y pulsó Enter. La música cesó, y el rostro afilado de Jewel se amplió y cobró movimiento.

- ¡Hola picha! ¿Cómo llevas el artículo? -dijo ella, su rostro girado como el portátil.
- Estoy en ello... -balbuceó él, con la mandíbula aplastada contra el sofá.
- Debes llamar a Zeta. Tu lo conoces, sabes lo bien que habla... Llámalo, seguro que en dos palabras consigue un final brillante para tu historia -dijo ella a través de la webcam.
- No creo que ahora esté de humor... -dijo él, y las nauseas regresaron.
- Llámalo... -dijo la chica.
- No quiero... -dijo él, y el alien se revolvía en su estómago.
- Llámalo... -dijo ella, con cara de avispa. Y él se sujetaba las tripas...

La tele escupía palabras secas a las mohosas paredes de ladrillo:

- ...un enemigo tan peligroso como la avispa *Ampulex Compressa*. Con un cuarto del tamaño de la cucaracha, la avispa se encarama sobre la víctima y clava su aguijón entre la cabeza y el tórax. Entonces, inyecta un veneno en el ganglio torácico, que paraliza sus patas delanteras. La cucaracha apenas puede caminar. Gracias a ello, la avispa sitúa el aguijón con gran precisión y lo clava en un punto concreto del cerebro, inyectando su veneno. En pocos segundos la cucaracha pierde el reflejo de huir. Su respiración se ralentiza y entra en letargo. La avispa corta las antenas de la cucaracha y la dirige como una marioneta hacia su guarida. Una vez allí, la avispa deposita un huevo en el abdomen de la cucaracha zombie y sella la entrada del agujero. La larva empezará a crecer y a devorar los órganos de su huésped en un orden preestablecido para que la cucaracha dure con vida el máximo tiempo posible, causándole una muerte lenta y dolorosa...

- Llámalo... -dijo ella, con cara de avispa.
- Que os jodan... -dijo él, y sintió a su amigo Zeta, vivo en alguna parte. Porque conocía su destino, y se enfrentó a él en un acto de locura y heroísmo.- ¡Que vivan las cucarachas! -gritó mientras trastabillaba hacia el baño. Se arrodilló junto al retrete y alcanzó aquel bote herrumbroso. Se lo llevó a la boca con ambas manos, y aspiró con voracidad aquel espray de olor a rosas frescas. Y tras varios minutos de convulsiones, espasmos y espumarajos, estiró la pata. Sí, una cucaracha más que estiró la pata en un hediondo retrete de un sucio apartamento de las afueras de ninguna parte. Porque todos morimos como cucarachas, pero algunas cucarachas mueren sabiendo quienes son.

Fin

Para Sandra, gracias por todo...

César Casanova López
Madrid, 11 de Marzo de 2014